SANTIAGO ARGÜELLO

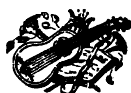
EL POEMA DE LA LOCURA

(PRIMERA PARTE)

EL SECRETO DE MELODIA

—ó—

LA ODISEA DE LAS NOTAS



1904

León—Tip. de J. C. Gurdián y Cía.—Nicaragua

PRESENTACION

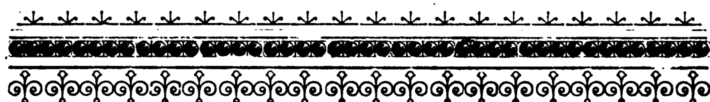
PERSONAS:

El Loco

Corpancho

La Araña

El Insecto.



SE EXPLICA

PARA ojos razonables, un piano viejo, derrengado y sucio, es sólo un chisme incómodo, condenado á arrumbarse, cabe los antiguos escaños, las butacas atávicas y los demás enseres de abuelos y ababúnculos, en el desván oscuro de los muebles inválidos. Si algo dice tal piano—y eso indirectamente, con la mueca implorante de su miseria—, es pidiendo le procuren un postrer ensayo de remozamiento, para ver si el barniz le

sal con el sonido ideal y con el murmullo inaudible de los sentimientos...... Locura, en fin, locura!

***

Esta primera parte sólo trata de la sugestión que el sonido produce en los espíritus; y saca, en general, como conclusión deductiva, la de que *nada es como es*: la de que todo *es* del modo que aparece en cada sujeto perceptor. Más claro: de las condiciones del que observa depende lo observado. Así como un mismo sonido armónico da diversa resultante según la distinta calidad del ser cuyos oídos halaga, de igual manera una cordillera de montañas no será siempre la misma, según cambie el sujeto y, con él, las condiciones perceptivas y las situaciones anímicas: ostentará una falda de terciopelo azul, si de lejo collado se la mira, ó surgirá sembrada de espesas crenchas nubias, y erizada de peñas y quebrada en barrancas, si de punto cercano la con-

templan. Para tí, miope, *eso mismo no es eso*, si te tornas en présbita.

Presento estados de alma--tristeza, dicha, ambición, nostalgia—, y hago surgir verbalmente, auxiliado por la imagen y por la armonía fonética, todas las escenas que en cada alma se evocan por unas mismas notas musicales.

A la segunda parte, *Las Voces de la Naturaleza*, tocará decir, en el lenguaje endiabladamente rítmico y pictórico del demente, lo que le diga á éste el rayo de la luz, cribado en una copa frondosa; lo que le cuente el arroyuelo humilde, modesto y escondido, surtidor de murmurios, de esos que suenan á cristales y que saben á mieles; lo que le hable una choza inhabitada, testigo de eglógicos idilios, sepultos ya por siempre en la región de las sombras; las mil voces con que, á ratos, dialoga, entre un sombrío toldo de verdura, bajo la penumbral melancolía del crepúsculo—¿sabéis quién?.....—el mismísimo Silencio.....

Quiero—hasta donde sea para mí factible—

hacer que surja, á fuerza de idea, de pintura y de musicalidad, el alma pánica, dentro de su vasto polimorfismo. Que se vea la carne de la Naturaleza, pero también el alma de la Naturaleza, hablando íntimamente á nuestro espíritu. Que haya visión y emoción. *Lacryma rerum!.....*

* * *

No ha faltado quien, sin conocer el plan de la obra, y partiendo de cortados fragmentos insertos en revistas, traiga á flor de boca la resobada é incomprendida dicción *decadentismo.*

Y es natural que así suceda. Entre nosotros, y aun fuera de nosotros, cuélganle hoy día al más pintado tal aditamento, por un quítame esas pajas, y con toda la frescura del mundo. Como desconocen totalmente el real valor del vocablo en la literatura modernísima, aplican la acepción lexicográfica, á guisa de injuria desdeñosa; cogen por pomo

la contera, y, sin dar nunca en el clavo, dan ciento en la herradura.

Si alguno se escapa del ya liso clisè de los lugares comunes, decadente; si emplea voz alguna en que haya de buscarse figurada acepción, decadentismo; y decadentes los que dictan algo cuyo sentido no cae como en su lecho sobre la mente de todos, sin ningún esfuerzo comprensivo; y decadentes los que, rompiendo margen, se salen del cauce consagrado; y decadentes, en fin, los que dicen referencia, no á los sentimientos bien definidos y por todos perfectamente comprobados, sino á matices de sentimientos, de esos que sólo píntanse en las más altas cumbres del espíritu.

No, no soy decadente. No trato de buscar los términos lejanos para hacer que emerja el sentimiento entre brumas. Gusto de la forma nueva, de la expresión original; pero no retuerzo el estilo, ni alambico la frase, ni enturbio las ideas. No es mi voluntad seguir á nadie, no porque crea seguro lle-

gar por propio esfuerzo, sino porque no quiero llegar de otra manera.

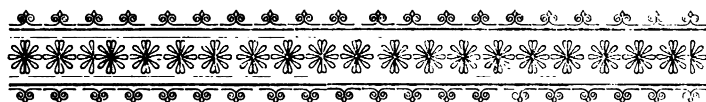
Claro es que reminiscencias ajenas habràn de hallarse en lo mío. ¿Quién puede vanagloriarse de no haberlas? Lo que está en el ambiente se respira. Pero no que ponga ante mis ojos determinado modelo, ni que busque atajos hechos para arribar al puerto ambicionado.

Toda escuela deja, cuando pasa el sistema, siempre algo que perdura. El decadentismo trajo la libertad del verso. la reacción contra el pesado andar naturalista, y abrió las puertas á los espacios ideales, é hizo amar las medias tintas, las sutilezas del alma, los refinamientos del ensueño.

Esos residuos del ya muerto decadentismo hallará el lector amable en este *Poema de la Locura*. Servilismo de secta, nunca!

S. A.

León, 15 de Setiembre de 1904.



ARGUMENTO:

El graso Público ríe de quien oye y traduce las inaudibles voces de las almas errantes de ultratumba ó los íntimos ecos de las cosas que NO HABLAN. *Corpancho—hombre-símbolo de sapiencias doctorales y de equilibradas corduras—viene riendo, tras los harapos míseros de un raro, insánico por voto de* LA GRAN MAYORÍA.

El Loco busca la soledad, porque ella—dice—está poblada inmensamente; y va tras los parajes del silencio, porque éste—afirma—está de voces lleno.

Entra á una sala vieja y melancólicamente abandonada.

Un piano abierto ríe macabramente con sus teclas polvosas y amarillas, como una arrancada dentadura.

Loco y piano conversan.

Y el piano le cuenta su secreto......



Sala vieja
y empolvada.
A trechos, se encrespa en los muros
el viejo tapiz de la sala.

En los ángulos,
la sombra
medita. En sus hebras sutiles,
espía la araña capciosa.

Y un insecto
vuela y chilla
sobre el yerto silencio de un piano
que dormita
mostrando las teclas
como una mandíbula.

VOCES, *fuera.*

—Ahì va!....
¡Qué gracioso!.... ¡ja.... ja.... ja....!—

(*Las voces llegan atascadas en risa glutinosa*)

La araña da reposo á su maraña,
y se junta el insecto con la araña.

LA ARAÑA

—¿Qué pasa?.....—

EL INSECTO

—Que Corpancho dice sus alegrías
con su millar de lenguas y sus dos mil encías.—

LA ARAÑA

—¿Y de qué ríe el graso Corpancho?—

EL INSECTO

—Para rato
tiene ya. «¿Cómo piensa—exclama—, el insensato,
departir con difuntos, como si en los inciertos
abismos renaciera la lengua de los muertos?

¿Por què dice á las cosas palabras misteriosas,
como si fuera dable contestar á las cosas?»

***

Entra en la sala el pobre
demente. La pupila
parece luz clavada
en la gasa polar de una neblina....
En quietud enigmática,
como las pensadoras lejanìas.
Un ojo telescópico
que en las almas se abisma:
flecha de lo insondable,
ojo de pitonisa.
Sobre el andrajo (todos
ven la carne desnuda) hay una fina
clámide extraterrestre.
De las sienes en torno (nadie mira
tal prodigio), una gasa
lunar. La marcha grave y pensativa
de los descubridores. En sus labios,
como un leve rumor de profesía.....

Detrás, Corpancho, el hombre
de la robusta plétora. La vida
va en sus venas en ondas globulosas.
En su cerebro anida
una docta parvada enciclopédica:
soles de ciencia de manual, doctrinas
que van brotando de infalibles labios
y en fulgores docentes se iluminan.
Dichosa faz aneura !
Cual de un estanque la extensión tranquila,
que ni se abre en abismos espumantes,
ni es un cielo reflejo su onda riza.
En su boca, opulencia
verbal : la frase unida
con otra frase en el formón cortada.
Esa boca es el arca en donde habitan
los trajes hechos del pensar ; el arca
en que puso su rica argentería
el comunismo ideal. En el sereno
fulgor de esas pupilas,
como en espejo claro,
quien se asoma, se mira.

Entra riendo. El diente
blanco y fino. La vista
se le enturbia de lágrimas.
Al suelo el cuerpo trepidando inclina,

y hunde la mano en el hijar. Corpancho
se atragante de risa.

EL LOCO

—¡ Soledad hallé !
¡Oh felicidad!....
Nunca á Dios hablé
sin la soledad !

En los lóbregos rincones do no se oye voz humana,
se alza la hostia en mis iglesias, y repica la campana.

Acércase al piano,
y una débil nota
se queja.

EL LOCO, á Corpancho

—Retírate !
He llamado, y responden en el convento de las sacras monjas!—

CORPANCHO

—¿ Qué vas á hacer ?.....—

(Corpancho
lo azaetea con ojos de ironía.)

EL LOCO

—Aguarda.—

[*El Loco, doblado sobre el piano, con las teclas conversa, en un suave siseo de murmurio. Estas ahogan un bostezo en el marfil pulvérico y helado de su amarilla dentadura, y farfullan la frase letárgicamente. El Loco escucha, en éxtasis, y hace de los lirismos, en la lengua terrestre, la divina versión.*]

La frase
del Loco es apenas del labio burbuja
que, en làminas leves,
su cuerpo hialino deshace en sedoso susurro de espumas.

Y las teclas
suenan rápidas,
y al loco le dicen
ligeras, ligeras, sus ritmos que él oye como unas palabras.

El, oído atento,
fija la mirada.....
Hasta la pupila,
desde el éter, baja,
como de oro fluído,
de Jacob la escala ;
mientras dice el piano con ligera lengua
el vocabulario de su rica gama.

Y Corpancho ríe,
y en su rostro claro
una docta mueca
le nimba los labios.

CORPANCHO

—¿Y bien?....—

[*Guiñando el ojo, con sapiente malicia.*]

EL LOCO

—Hablé! La escala de las divinas notas
entendí. Del enigma las regiones ignotas
iluminé con luces rítmicas. Tú no sabes
lo que dicen las notas, las armónicas aves
del Espíritu Santo: el Arte! Melodía
me ha contado el secreto.....—

EL SECRETO DE MELODIA

—Ó—

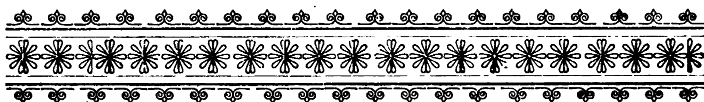
La Odisea de las Notas

El secreto que sigue fué, como sabéis, contado por el piano en la más íntima y menos cognoscible de las lenguas. Traducido en la vulgar de los hombres, dáselo el Loco à Corpancho. En él dialogan las siguientes

PERSONAS:

El Príncipe de los Cuentos Azules
Las Notas-Hadas
El caballero Feliz
La Melancolía
El caballero Nostálgico.

LAS DURMIENTES DESPERTARON



ARGUMENTO:

Dentro del piano, en cada cuerda, yace una Nota, como en el bosque de la Bella Durmiente.

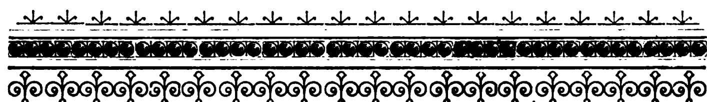
Despiértanse de pronto las hadas, al oir que alguien, fuera, ha hundido sus dedos en los yertos marfiles.

Un artista—Príncipe de los Cuentos Azules—se dispone á sacar de aquella muda boca el hilo de perlas de la Melodía. Cuando él toca, las Notas, á compás, van saliendo.....

Hay, en torno del músico, distintos hombres que oyen. Unos tristes, festivos otros; aquel, iluso, proyectando su futura grandeza; esotro, lejos del hogar tibio y dulce, tirita de frío interiormente, y su alma agoniza entre las brumas de una triste nostalgia.

Cada hombre es un castillo. Dentro, el Espíritu—caballero señorial—lucha con los dolores, ò goza con sus conquistas; sueña ò sufre, recuerda ó espera......

Las Notas, evocadas por el músico—Príncipe de los Cuentos Azules—, van hiriendo el sentido de cada hombre, esto es, dan con las puertas del castillo; y entran à la mansiòn del caballero, al albergue íntimo en donde el alma sufre ó goza, lucha ó espera......



Un piano que dormía.
Se veía en la sombra, dentro del mudo piano,
de las Notas letárgicas el perfil extrahumano.
Eran cien las durmientes de aquel bosque. Sus ojos,
tras el velo del párpado ; y los labios, que, rojos,
sangraban armonías, ya eran losa enigmática,
helada y blanca : losa de la lírica plática.
El silencio apretaba la garganta apolínea,
y se cristalizaba sobre el torso la línea.

Una explosión melódica y súpita. Alguien, fuera,
--quizá un genio—ha llamado, violento ; y, á la vera
de una bella durmiente, sonó la cuerda. El eco
puso en la tensa cuerda un tembloroso fleco
de vibración. Y todas las hadas despertaron.

—¿Quién llama?...—Oyeron pasos, y al Príncipe aguardaron.

—Alzaos !—

Usó el Príncipe de su varita mágica.
Y la que hace de amable, la que se finge trágica,
la que, plácida, imita lo claro en las tranquilas
fuentes, y la que pasa tejiendo en sus pupilas
el velo de Leonardo de Vinci, vanse todas
alzándose desnudas, como para las bodas
edénicas ; y, al mando del Príncipe, en un coro,
la obra de la Harmonía dice el proemio sonoro.

—Marchad á los palacios donde el silencio nieva,
y echad la brasa lírica que la garganta lleva !—

Tal dijo el raro Príncipe. Y, al instante que oyeron,
en la sombra las hadas en tropel se perdieron.

* * *

Corrieron las hadas. Volaron por bosques y llanos, hendiendo
la sombra nocturna. Y, al eco vibrante del rítmico estruendo,
el viento salió de sus antros
sonando su trompa guerrera ;
y el árbol, en donde la sombra
—parásito oscuro—se enreda,

al turbión de ritmos,
sacudió sus crenchas.

En las negras cuevas cóncavas
las cabecitas de los ecos se alzan,
en cuyas lenguas la sonora fiesta
en polísono espejo se retrata.

En el rìo la náyade
su collar arrastra :
el collar de las perlas
de la fuente clara.
Del palacio arbóreo
abre la hamadriada
corticales puertas
húmedas de savia.

Y pasan las hadas, veloces, cortando la sombra nocturna,
la faz de la noche, la faz cavilosa, la faz taciturna.

***

(Corpancho se pasma ante tal desequilibrio. Luego, mueve su doctoral cabeza, en lenta oscilaciòn despectiva. Después ríe, con esa faz, bañada de malicia burlona, de los hombres seguros. Y no quita vista al Loco, que sigue, con ojo de sacrificio, con ojo

de mártir en el circo ó de vidente en el santuario, haciendo en ruda lengua su divina versión.)

Corpancho
le mira.
Diluye
la risa
en mohín catedrático
y en sarcástica mueca compasiva.

(*Luego dice, entre dientes, como si fueran pasando ante sus ojos las sabias letras de su manual positivista :*)

—Hamadriadas y náyades !.... Quimera!
El no sabe lo que es la alegoría !
No sabe que, si el astro no se hundiera,
la noche fuera el día !

Las hadas !.... Lindo cuento,
solaz de la ignorancia !
Son iguales, quizá, en entendimiento,
la locura y la infancia !

(*Dirigiéndose al Loco :*)

Cuando oiga usted.... espero....
¿ Conoce usted á Spencer, caballero ?—

EL CASTILLO DEL DOLOR



ARGUMENTO:

Las Notas dan con un alma adolorida. Como todo está en el hombre, la música ríe con los seres contentos, solloza con los tristes, y es arrulladora con los Romeos embriagados de arrullos. Así, al dar con el alma adolorida, al entrar en la sala del castillo grietoso, mudo, negro, del Dolor, son las Notas, para el desolado caballero, evocación de retrospectivas amarguras, muestra viva de las presentes desolaciones, y actrices que le anuncian, en profético y horrendo escenario, futuras desolantes agonías..... Para ese caballero, para esa alma en tristeza, la mùsica no es tal como es: la música es necesariamente triste. Por más que alegre, él la diluye en su tristeza. Las notas que hasta él llegan, van con negros ajuares. Sus ecos, si joviales, si bèlicos, si

amantes, tímbranse para él de luto, y le dicen tan sólo de lacerantes martirios y de entreabiertas fosas. Luego, disfrazadas ellas, hacen pasar ante los ojos del hombre que agoniza :

A la amada, muerta ya para siempre, echado atrás el velo vaporoso y casto, y la faz henchida de sonrientes promesas ; los besos, el deleite, el amor ìntimo, el brote de los cien mil cálices de sangre en el rosal de las nupcias ardorosas ; y luego, el prematuro adiós final, la muerte, el beso glutinoso y frío en los labios eternamente mudos, las rosas ya trocadas en lirios polares, bajo el hielo.....



Y llegaron al castillo.
La negra puerta, cerrada.
Ni un susurro en la morada
del Señor de horca y cuchillo.

Grietas hay en la vivienda,
que abren su boca dramática
junto á la flor enigmática
del rosal de la leyenda.

De negra bandera, asombra
el chasquido irresoluto,
cual de un velamen de luto
en un oceano de sombra.

Ni la luz ni la voz llega,
que bajo el siniestro escudo
cuida el Silencio, que es mudo,
con la Tiniebla, que es ciega.

* * *

Surcaron las hadas volando las negras veredas sombrías,
cual nubes que pasan ligeras lloviendo armonías.

Y el castillo
se ilumina
de repente,
por el brillo
de los rayos que fulmina
la pupila refulgente ;
la pupila de las hadas,
la pupila de los místicos cristales,
donde pasan fugitivas llamaradas,
donde hay rayos que se quiebran en abismos ideales.

* * *

Y vienen
y empujan
las puertas :
las unas,
en recia
balumba ;
las otras
susurran
palabras
que anuncian
quejidos
de angustia ;
en tanto
que algunas
deshojan
sus mustias
plegarias
de tumba.

Y la puerta tiembla y cruje
como un màstil en el mar,
y, del ímpetu al empuje,
se oye abrir de par en par.

Y, cual sorbo de una boca
desdentada,
por la puerta, y á granel,
se escurrió la banda loca,

armoniosa y desalada,
en alígero tropel.

(*Corpancho interrumpe la versión.*)

(—*¡ Cuánto ha dicho el piano viejo !*
Tanto ha hablado, que hablar es.
A ser nuevo, qué no hablara
el maldito de cocer !)—

El Loco, impávido, pone la oreja
sobre el teclado, para escuchar,
mientras Corpancho guiña la ceja
en una mueca particular.

(*Y prosigue el Loco* :)

***

Sobre sillón de luto, reclinado,
dentro, está el caballero
con las piernas en cruz, y con la vista
que se hunde en algo negro
más allá de la sombra. La cabeza
como cansada de dolor ; el pecho
ritma con su vaivén poemas mudos,

tristes ; y, á veces, pasa el arroyuelo
de algún suspiro, apenas rumoroso,
entre el muerto follaje del silencio.

* * *

Entra un hada.
Con la mano
muestra, á gentes que hay afuera,
de hacer alto la señal.
Su mirada,
desde el vano,
ve á la víctima que espera
bajo el peso triste y frío de la sombra señorial.

(Luego avanza, seguida de las otras).

Su desnudez al ojo ya no alegra.
Entre ropas de luto se deshace
la nieve de su cuello. Abeja negra,
se oye zumbar el ala del *im pace*.

Que las hadas han lienzos á millares
con que pueden hacer sus avatares.

El hada

—Hermanas, comencemos,
y las estancias del Dolor cantemos!—

Coro de las hadas

—¡Viene el mal que goces veda!
¡Ay del pobre que se muere!
¡Ay del triste que se queda!
¡Miserere! ¡Miserere!

El sepulcro muertos quiere!
¡Miserere!

¡Oh de mártires las palmas!....
Ya se enrosca, ya se adhiere
la tristeza;
ya se cierra, turbio, el ojo;
ya se inclina la cabeza;
y una estela evanescente, como de un bajel que muere,
va dejando, va dejando la tristeza;
la tristeza, que es mortaja de las almas....
¡Miserere!

Y exprime en los labios helados del hombre sus hieles la pena
al son triste y hueco del lento zumbido de aquella colmena.

UNA HADA

—Aquí estamos, Señor! Venimos todas
á llenar vuestras arcas funerales.
El responso de yertas catedrales
la palabra será de vuestras bodas.
La Angustia da las cupresinas odas;
su recuerdo el ayer; el hoy sus males;
y lechos de dolor, lechos tumbales,
labrarán para vos nuestras escodas.

Hermanas, empezad!—

Y el caballero
oye el rítmico son que gime y truena;
una ronda de espectros se encadena,
y muestra su colmillo el Cancerbero.
¡En el Gólgota horrendo de la pena,
ya está el alma pendiente del madero!

*
* *

Y pasan los espectros de la linterna mágica,
de la visión doliente sobre la tela trágica:

La Amada llega al templo. Se ve el crujiente raso
donde se pulverizan luces crepusculares
en baño de oro pálido; se ven los azahares
coronando de nieve la castidad del tul;
se ve la faz de novia do la dicha amanece,
—grácil rosa de carne, que se prende en el velo—,
como se ve la aurora, la gran rosa del cielo,
en la inconsútil blonda del transparente azul;

se ven, como de un cáliz cuajado de relente,
salir buscando nuevas, inmaculadas flores,
los besos de la novia, los besos tentadores,
hidrópicos de mieles, abejas de carmín;
se ve la viva gama de la púrpura: el labio
es rojo como un ascua; el rico terciopelo
de Utrecht tiene los ígneos crepúsculos del cielo;
y el pudor se desangra sobre el rojo cojín.

Pero, tras el desfile de las delicias, como
tras el cuerpo la sombra, desfilan los dolores:
tras de las flores rojas vienen las negras flores,
y es más amargo el cáliz sobre la grata miel.
Cayó la Amada. El lecho vacío está y helado.
Los labios de la muerta son como juntos lirios.
Parpadeando en silencio, lloran los cuatro cirios;
y hay alguien que está solo, junto al cadáver: *él!*

Luego las hadas fingen negros enterradores
que la caja se llevan sobre los hombros; luego
se abre la oscura fosa, como cuenca de ciego;
y al descender la caja, y al ocultarse allí,
las Euménides brotan de algún Orco dantesco:
el Desamparo frío con el Recuerdo irónico,
el Ansia bulliciosa con el Desmayo afónico,
el Desaliento inerte con el Horror sin fin....

Y las hadas son las furias
que se agitan y retozan
azotando la faz viuda
con las alas membranosas.

Son vampiros
que en las noches angustiadas
descienden á sorber, aterradoras,
en las venas del alma la esperanza.

Y giran, y al hombre en el yerto semblante angustioso
mil bocas amargas le besan, y pasan con rumbo al dintel;
y el líquido frío del beso viscoso
destìlase y baja, buscando los labios, en gotas de hiel;
en tanto que las hadas,
sonando el ala implume,
se alejan en tropel....

EL CASTILLO DE LA DICHA



ARGUMENTO:

Van las Notas á herir las auditivas cuerdas del hombre de la Dicha. Ese cuerpo está sano. La salud florece en sus mejillas, y el ojo se alumbra suavemente bajo el goce como un plenilunio tropical.

Dentro, el alma se baña en su plácida linfa deliciosa He ahí al caballero en su castillo feliz!

Ya las Notas se acercan. Ya han trocado sus lutos por chaúles polícromos y gemas deslumbradoras. Si antes histrionizaron la amargura en el negro castillo del Dolor, van ahora á evocar al dichoso caballero las más gratas escenas de la vida; á vaciar en su retina deslumbrada todos los tonos de un Oriente de ensueño.

Llegan ya sus voces, no en zumbidos de insecto, no encapuchadas, ni frías como losa, ni negras, ni enigmáticas; no en rastrantes y roncos misereres; mas dulces y joviales, como un alba de Mayo: como un alba en que aroman los racimos de flores y vanse desgranando los racimos de trinos.

Ante el caballero Feliz, las Notas son felices evocaciones. Sus mimos tan sólo van rimando el divino poema de la dicha.

Y en la estancia, do las antorchas fulgen como risa en un rostro, van las Notas fingiendo:

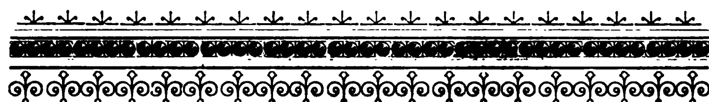
Cenas de satrapía;

riquezas de alguna Golconda mitológica;

y—como un blanco lirio entre macetas de eglantinas de sangre—la amante desposada, casta en el alma, casta en las flores que le ciñen la frente, casta en los suaves espejeos del traje, bajo el cual palpita el corazón como una ansiosa paloma. Dentro de las blancuras, bajo la blonda diáfana, el carmín de los labios se presiente, cual si se viera un rayo matutino á través de algún copo de la espuma.

Y luego, la alcoba, el beso, la iniciación de los inmensos deleites.... El gran beso rojo, cayendo sobre la alba pureza de la novia, como la cruenta huella de una garza, herida sobre el hielo!

Para el hombre que goza, las Notas son heraldos de la dicha!....



El castillo, una paloma
entre el follaje dormida.
Llévale mieles y aroma
la enredadera florida
que en la fenestra se asoma.

La luna en brillar se afana,
y su lienzo blanquecino
pone en la noche, su hermana,
como un alquicel de lino
sobre una espalda africana.

Fulge la lunar espuma,
huele la rosa divina;

y nadie sabría, en suma,
si el perfume se ilumina
ó si la luz se perfuma.

* * *

Adentro, el Señor. Placentero,
su pecho, feliz, se extremece.
Triunfante en las lizas, parece
dichoso y jovial caballero.

Del ojo en el cielo sin nube,
se aligan en fúlgida faja
la luz de la araña, que baja,
la luz de la dicha, que sube.

* * *

Escúchase á lo lejos
bajo el corusco palio
cascabelear de risas

en argentinos labios.
Es quizá que los elfos
sorprendieron, bañando,
con el pié, flor de nieve,
sumergido en el lago,
á Korrigan, que peina
su cabello dorado;
y, al mirarla los elfos,
tal vez ella ha temblado
por el ardor del ojo
ó la humedad del baño.

Y las risas se acercan
triunfales, y son cantos
de placer, himnos vivos
que, en un concento raro,
parece que descienden
de algún nido, volando
por la verde campiña,
de musgo perfumados,
cuando, de cuentas rítmicas,
en la copa del árbol,
con el pico desata
sus collares el pájaro.

Son gritos joviales que lanzan las hadas corriendo ligeras,
hollando los musgos, desnudas y alegres como unas bacantes.

En gamas de lumbre, sus notas fulguran los ojos brillantes;
y, liras de carne, dan mudas estrofas las recias caderas.
En ágiles cuerpos retozan las curvas; semejan banderas
los brazos: chasquean y suben y bajan en astas flotantes;
y, al ir desaladas, se ven en los vívidos senos temblantes
haciendo cosquillas las hebras sutiles de las cabelleras.

Y, como sorbe con lengua sérica la linfa leda;
como, en millares trajes, rastrantes colas de seda,
suenan las plantas saltando fosos, subiendo lomas;
prosigue alígera la fugitiva pierna cervuna,
y van las hadas volando blancas bajo la luna,
y, al ras del musgo, fingen el vuelo de cien palomas.

* * *

En el alma del dueño
de la regia morada,
las antorchas se prenden
de las noches de gala.

* * *

El caballero Feliz

(*Mirando por la ojiva el admirable vuelo de las Hadas.*)

—¡Oh el divino prodigio!
¡Son las flores con alas!—

* * *

Son las Hadas, en vuelo de mariposas,
con alas perfumadas como las rosas.

Van primero girando lentamente,
cortando el oro fluido de la luz,
con una policromia volandera,
en un raro mosaico de Stambul.

Y siguen después más veloces
—navetas en mares de luz—,
moviendo las alas como hélice
rosado, violeta ó azul.

Y, al compás de ardiente música,
llega á tanto la inquietud,

que es un vértigo de arenas
en armónico Simún.

Tan ligera
prontitud
ya ha borrado
Norte y Sur;
y en el vèrtigo
común,
el ala
no es roja
ni azul:
¡sólo vuelo,
luz!...

***

Llega el Hada
mandarina;
y, en saltitos jubilosos, la taimada,
cuando le habla al caballero, no se sabe si habla ó trina.

Trocò sus alas de mariposa
por una veste de azul y rosa,

en cuyo alegre cielo
se derrama en crepúsculo
el oro vespertino
de los cabellos rubios.

EL HADA MANDARINA

(*Con el ojo luciente como una uva, va cantando, seguida de las otras, en torno del amo del castillo.*)

—Vamos á poner en el vaso
vino á los encantos propicio:
vino que brindaron las frescas
parras del amable Dionisio.

Vamos á que beba el Amado
—fuera la Cordura y el Juicio!—
entre la explosión de los besos,
vinos del amable Dionisio!—

(*Van pasando las Hadas. Y hacen, ante el caballero, divinas figuraciones.*)

La señorial pupila ve placentera:
los manjares qne sacian gulas de Azur;
las perlas de algún punto que el goce fuera
y que tuviera el nombre de Singapur.

Su connubio. *Ella*. en ansias de miel hiblea.
bajo el másculo brazo se apelotona:
ella que es la granada de Citerea
transformada en el lirio de una Madona.

Pura. como una intacta nieve doncella.
con la dicha soñando. lleva la esposa
en el ojo una chispa, como una estrella.
y en el labio una risa, como una rosa.

Una sacra albescencia de hostia. una alpina
desfloración de aludes helando un flanco:
una casta blancura que se adivina
tras la diáfana blonda del velo blanco.

Y, al caer las nupciales ropas de armiño.
como rubor que apenas á albear se atreve.
entre el copo se asoman de aquel corpiño
las dos gotas de sangre de Blanca Nieve.

De la novia entre ignotos cielos se mece
el alma-flor, que augura gratas favilas:
y en un Ganges de dicha se le humedece
el loto luminoso de sus pupilas.

De epilepsias felices las convulsiones:
quema el fuego los ojos, y el labio entume:

y del pelo en las rubias inundaciones,
entre grietas de oro brota el perfume.

***

Y es una lluvia vívida
regando júbilo,
que está cayendo rápida
del cielo fúlgido;
y va al espíritu
como gotas de lumbre
de un astro-cirio.

Al caer son luciérnagas aladas
—luz que alumbra la gasa de la luz—,
mientras su canto epitalámico
dice el laúd.

Y entre los ritmos y los colores;
como una Ceres, de su corona, regando flores;
como sidérea divinidad,
regando luces de su corona de resplandores,
pasa la diosa Felicidad!

* * *

EL HADA MANDARINA

—Vamos!—

(*Desaparecen las hadas. Húndense entre el marco oscuro de la ventana, como un relámpago en la sombra.*)

Y, como, á la luz del día,
su luz apaga el ensueño,
á tal conjuro, cegaron
los ojos del caballero.
Mas en la oscura pupila
quedan fugaces reflejos,
cual si, de un volcán oculto
en los recónditos senos,
la luz brillara en las ondas
de un luminoso mar negro.
Los labios baten sus alas
como en extático rezo;

y una jovial risa leve
nimbando los labios trémulos.

* * *

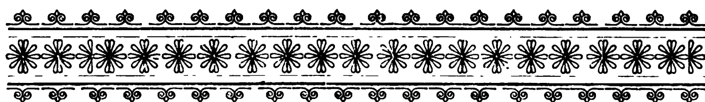
Sobre los colores, como blondas tenues,
caen las penumbras.
Tras el ronco trueno, como estela fónica,
la audición perdura.

A veces no sabemos qué hay entre las sombrías
percepciones del alma en éxtasis: si olores
ó líneas ó murmurios. En los vagos esfumes,
ignoramos si pasan—como tras luengos días—
ensueños de colòres,
ensueños de perfumes,
ensueños de harmonías....

Tal el dueño, bañado
con la luz penumbral de su recuerdo,
apenas oye el canto de las Notas,
perdiéndose á lo lejos....
Y su vista, en pereza deliciosa,

adormida del goce bajo el sueño,
como en una impalpable, etérea gasa,
como en cojines de ángeles cayendo,
se hunde en el plenilunio, el cisne místico,
el ave blanca del abismo negro,
el escenario que habla
con todos los lirismos del silencio,
el éxtasis seráfico del mundo,
y el vasto ensueño plácido del cielo!.....

EL CASTILLO DE LA AMBICION



ARGUMENTO:

Ante el caballero Ambicioso, las Notas sòlo evocan ensueños de gloria y de conquista. Son las mismas Notas, lúgubres primero, después rosas y azules como un alba de Mayo, y ahora rojas, profundamente rojas, como las visiones de un cubil de jaguares. Ellas cambian lo mismo que la luz en los vidrios.

El caballero Ambicioso—hombre de justas, cachorro de fosos y de almenas, criado en el derecho ã corveas y pernadas—delira con el embate, y arde en gozo febril si se clava su lanza á beber chispas en petos de campeones. Cuando él nació, llegaron á colmarlo de gracias, à guisa de genios protectores, el brujo de los huracanes, y el héroe, el invencible señor de Amadis, Aquiles trashumante, loco y noble, sangriento aventurero.

Y, à la vista del dueño del castillo, las Notas representan:

Excelso poder bélico: cien mil cabezas con derecho á escudero;

Asalto impetuoso;

Sangre y rugidos, filo y disparo, triunfo y conquista;

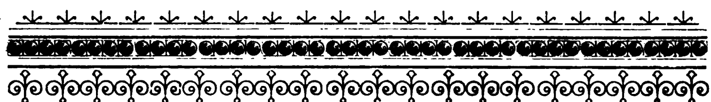
El enemigo fuerte, vencido y humillado;

Las llaves adversarias, en las manos triunfales;

Y luego, la Gloria, diademada de estrellas, con divinas arracadas que son constelaciones, y arrullando al invicto entre celestes cojines saturados de luz;

Los nobles del feudo conquistado, de rodillas ante el egregio vencedor, y emanando de sus bocas la frase en espirales de incienso;

Y, en torno á la cabeza del amo, la cinta de los dioses, la cinta de la infinita gloria, la aureola inmortal!....



La mansión. No cuelga un nido,
ni embalsaman rosas frescas;
y en las trovas juglarescas
desperézase el rugido.

Oyese bélica esquila
de toledanas rastreras;
y se ve por las troneras
una zarpa que se afila.

Rechina ferrado gonce;
cañones, de sombra plenos,
duermen incubando truenos
en sus entrañas de bronce.

Corre en la almena la alígera
gente de roja librea;
y la bandera que ondea
es como un ala belìgera.

Cuando en ondas de arrebol
se baña Aurora en luz viva,
como un gorrión, por la ojiva
se escurre fúgido el sol;

en las flámulas tremola,
y en picas y lanzas riela,
y es escudo en la escarcela,
y en el almete aureola.

Y de tarde, al rojo brillo
del sol que muriendo crece,
desde muy lejos, parece
bañado en sangre el castillo.

* * *

El caballero mira
cómo las hadas llegan.

El caballero ambicioso

(*Monologa sin frases, en el pensamiento.*)

—¿Son acaso del Cáucaso
las amazonas fieras?....
¿Son flamígeros rayos
esos que centellean
en los cintos robustos
ó en las ágiles diestras?....
No, que son los puñales
que como la hoz se aprestan
á segar mies humana
tras la ruda pelea.
¿Son pendones de sombra,
ó son rubias enseñas
que en la célere marcha
bajo la luna ondean?....
No, que son las doradas
ó brunas cabelleras
que tiende el viento á veces
como un ala que vuela.
Rubios cabellos de oro
que lábaros semejan,
ó cabellos de endrina
que parecen banderas.—

CORPANCHO

[*Interrumpiendo al Loco, en nombre de la sana Razón y del anàlisis positivista.*]

—¿Hadas en los castillos señoriales?....
Leyendas medievales.
Dìgame usted la fecha, señor mío.
La verdad es la luz. Sin ella, el frío.

Este siglo, de engaños está ileso.
El, por siempre, mató la Quiromancia;
y hace que fine, de la luz al beso,
esa nieve polar de la ignorancia
con la fúlgida antorcha del progreso!....—

Está, al hablar, Corpancho,
desleído en risa.
Y la faz del insánico,
rápida se ilumina
con una luz de lástima que baja
del alto Sinaí de sus pupilas.

(*Después, prosigue su versión:*)

***

El señor del castillo
sueña con el trabuco y el cuchillo;
y la sangre es combusta en su semblante
cuando cree columbrar, del arma al brillo,
á otro fiero campeón armisonante.

Pájaro del alto elemento,
ave que destroza la jaula.
Para darle vida y aliento,
vino el hechicero del viento
junto con Amadis de Gaula.

* * *

Entraron las hadas. Se vió el caballero
al mando, en un cerco, de ronco tropel:
cien mil infanzones su voz escuchaban;
cien mil infanzones de orgullo y de prez.

Arriba!.... Y escalan torreones, y salvan
los fosos, y empujan en recio vaivén.
Son forjas: los ojos son brasas; los pechos
resoplan; las lenguas chasquean de sed.

La angustia se hiela perlando en las frentes;
pupilas inyectas que casi no ven;
granizan los cascos, se chocan los hierros;
la espuela, nerviosa, *tintina* en el pié.

Hartazgo de sangre. La tierra-vampiro
rezuma en sus labios la sangre al correr;
mandobles y tajos de filos cruentos,
cabezas y brazos cayendo á cercén.

Crujido de puertas, chirriar de cadenas;
revienta el mosquete, relincha el corcel.
La albórbola alegre de huestes que triunfan;
la ronca alarida del fuerte al caer.

Se escucha en los campos la gama del miedo;
desata sus lenguas dantesca Babel.
Sonando la muerte sus negros clarines,
y el filo del dalle segando la mies.

Sobre cuerpos hacinados cuyos labios
gesticulan cual si en ellos derramárase la hiel,
el coturno tinto en sangre, so los rayos de la Gloria,
se pasea la Victoria
coronada de laurel.

La Victoria trae la llave
del castillo conquistado, para el ínclito Señor.
El lebrel ahúlla fuera, y el pechero, mudo y grave,
puesta en tierra la rodilla, besa el piè del vencedor.

(*Las hadas van pasando, proteiformes, ante los ojos incendiados del caballero Ambicioso.*)

Ora hembras fingen de la estirpe fina,
ora fingen galanes.
Y pasa la vapórea muselina,
ó el menudo chapìn de una menina,
ó el oro de los regios chambelanes.

LAS HADAS, *en coro.*

—Oh señor! Vuestros fechos toda la behetría
proclama. A dar venimos á la alta Señoría
martiniega y yantar.
Que sois el rey nos dice la voz de los pregones;
y hay en el templo humilde de nuestros corazones,
para Vos, un altar.

Atlas os dió sus hombros. Podríais como pluma
blandir la maza de Hércules. Más que el libro de Numa
y Salomón sabéis.
Vuestro mirar subyuga, vuestro poder asombra.

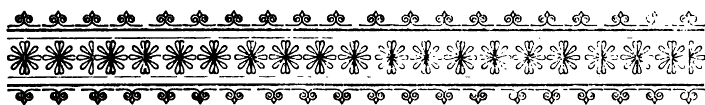
Para glorificaros, por serviros de alfombra,
de rodillas nos veis!....—

Tal se oyó. Y con los rasos del palatino arreo
alfombraron las hadas á la madre de Anteo.

Después fueron alas
que, en torno á la sien,
girando, le hacían coronas
de oro, de sangre, de luz, de laurel.
Cinta fúgida,
giro ràpido
de alas innúmeras....

Aérea danza ilusoria,
polícroma evolución.
Una apoteosis: la Gloria!
de una reina: la Ambición!

EL CASTILLO DE LA NOSTALGIA



ARGUMENTO:

Al caballero—circundado de nieves y de brumas, herido por los cierzos, nostálgico de hogar, muerto de ausencia, lejos, lejos, lejos....—hanle dicho que hay velas en el horizonte, velas que se acercan, y que pueden venir de las dulces regiones de la luz. Y en el fanal de sus ojos mortecinos se ve arder un TAL VEZ *como débil pavesa evanescente. Naves que vienen!.... Así se lo anuncia la ujier Melancolía, su mejor compañera—dolor en la anestesia, sombra esfumada, pena en crepùsculo.—*

Para verlas de lejos, asómase por la ojiva el caballero; y su vista se hiela sobre la mar inmóvil de lo blanco, sobre

la mar de nieve, fría con las friezas de la ausencia, rígida con las pavorosas cristalizaciones de la muerte.

Son las hadas que llegan! Son las mismas! Mas hoy, en guisa de escarbar dolores, fíngenle al caballero Nostálgico:

Un ambiente tibio y tranquilo, en el país del trópico, en el país donde florece el afecto;

Una sala: su sala;

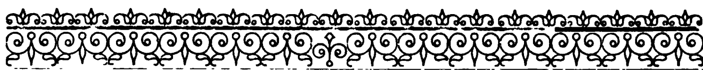
Una esposa: la suya, que sufre, como él, de mal de ausencia, y cuya tez semeja el raso enfermo de moribundos lirios;

Unos chicos: sus chicos, sus angelitos rubios, en cuyas crespas él no puede enredar, como solía, sus dedos paternales;

Y un recién nacido: el tierno, el último botón de sus amores, dormido allí en su cuna, con la alborada de una ingenua sonrisa en sus menudos labios infantiles.

Las hadas son infames. En tal castillo, no hacen más que remover la nostalgia y echar copos de hielo sobre los yertos miembros entumidos.

Hadas perversas! Para el dolor son negras; para el goce, rosadas; de sangre y fuego para la ambición; y tristemente amarillas, fúnebremente pálidas y yertas, para la nostalgia!....



Lejos.... lejos!.... El país
de algún helado eremita,
do el torreón feudal tirita
bajo un cielo mudo y gris.

Sisea, temblando, el pino,
y sordo canto profiere
el Cierzo, que sopla y muere
como un rezongo marino;

que á Bóreas nutre en su seno;
que, silvando, cumbres trepa,
ó el vuelo tiende en la estepa
llevando á rastras el trueno.

En los vidrios, toque leve,
cuando—palomas boreales—
van rozando en los cristales
las nidadas de la nieve.

Y el castillo, bajo el hielo
de aquella lumbre adormida,
es una esfinge perdida
en un desierto de hielo.

* * *

El Señor come; y, en contorno,
todos sus buenos servidores.
Esa que lleva los gemidos
es la Amargura. Ese que pone
la turbia fuente desabrida,
el Desamparo. Su salobre
vianda le lleva el Desencanto,
y su jarrón de mustias flores;
mientras su guiso congelado
le aporta el Miedo.
El Señor come;

y, por borrar el dejo, bebe;
y, oscura sangre, el vino corre
desde las venas de las botas
sobre los mármoles y robles.
Y se emborracha el caballero
entre sus buenos servidores.



Entra una dama,
que es el ujier de la casa. Camina
como si fuera un aliento
de un pecho que expira.
Lleva en los ojos
tan imprecisa,
tan vaga y honda
la pupila,
que es un sueño de cielos
en lejanía.
Es de esos ojos que llevan
á melancólicas niñas
de codos en los alféizares
viendo el azul, pensativas.

La ujier, casi impalpable
como su sombra misma,
es la tiniebla diáfana,
un velo que en un rostro difunto se desliza.
Es blonda transparente
con un hilo nocturno entretejida;
es figura arrancada
de alguna vieja tela prerrafaelista;
y su cuello, como una flor de lirio
que se dobla; y su fina
piel, rosa exangüe,
fràgil porcelana de China,
como para desvanecerse
en un soplo de brisa;
último aliento de crepúsculo,
anegado en la sombra de la noche frígida....
Es la claustral penumbra:
es la Melancolía!....

La Melancolia

—Algo se mueve entre la bruma.
En el opaco mar de la neblina
se columbran cien proras que navegan
con rumbo á Vos, Señor! Se mira
el vuelo rápido, cortando

con la tajante quilla
la niebla, que en los mástiles
va prendiendo su gasa enmohecida.—

EL CABALLERO NOSTÀLGICO

—¿Serán viajeros?....

LA MELANCOLIA

—Que se acercan rápidos,
y hacia Vos se aproximan.
¿Paso franco?....—

EL CABALLERO NOSTÀLGICO

—Apercíbete
para honrar á la gente peregrina.
(Quizás traen nuevas de....)—

Fulgura la esperanza,
y enciende la pupila.
Es una
chispa
que el atro seno del carbón inflama;

destello de una tarde que agoniza
y que, en la azul alfombra,
con las hebras de un sol que se deshila,
en el peplo naciente de la noche
va bordando el festón de una sonrisa.
Como en carbones
surge la chispa;
como, ya mustia, deja á la noche sobre el regazo
su ramillete de luz el día,
en el ojo apagado y moribundo
se prendió una esperanza en la pupila.
Una esperanza
medio marchita,
como una débil
luz mortecina;
como la rosa de los crepúsculos,
y ahogada en sombras como la chispa.

Incorporóse el caballero,
y por el hueco de la ojiva
envió del ojo flechas luminosas
que fueron á clavarse en la neblina.

* * *

(Tiende el caballero Nostálgico su lánguida mirada por el vasto campo, rígido bajo el sudario de la nieve.)

Todo blanco!....
No el lirio, que perfuma;
no la nube, que boga,
como esquife de blondas, y cien líneas dibuja;
no la espuma, camelia evanescente
de pétalos fundidos con hervores de furia
por onda y peña;
no seno virgen de mujer, que pulsa;
ni cirio, que arde;
ni paloma, que arrulla.
Eso blanco
es la gran ala muerta. No fulgura
ojo asterial; ni el trino
sus concentos modula;
ni la fuente
sus júbilos murmura;
ni en las frondas del bosque, tras los mil abanicos,
las lenguas de seda sus solos susurran;
ni esgrime la centella su látigo fosfórico,
ni rezonga en su cuévana profunda.

Eso blanco
es la Desolación, que dice: *nunca!*

y con glacial estilo
carne y huesos punza.
Es el vasto labio incoloro;
es la cuerda fría y muda,
que dice callada, monótonamente,
del boreal silencio la inaudible música.
Dentro de los pliegues de ese armiño, vive
temblando la Angustia.
Blanco, blanco, blanco!....
De las sepulturas
cien mil osamentas de nieve,
que los precipicios y la cima inundan!....
Blanco de mortajas!
Blanco y hielo de tumbas!....

* * *

Y ve el caballero lo blanco
y el frío le da en la pupila;
y al verlo, parece que se hunde en el pecho, y el alma vacila,
la nieve que llena las fauces del hondo barranco:
la nieve tranquila.... tranquila....
¡Lo frío y lo blanco!....



Las hadas llegaron. Y se vió:
Una sombra
que, en hogar lejano, bajo el ritmo seco de un reló, camina:
es la sombra de lenta cortina
que oscilando se pinta en la alfombra.

La esposa suspira. Su faz, en lo pálida,
es raso marchito de mustia corola.
¡Se muere en lo frío la ausente flor cálida!
¡La ausencia es escarcha! La flor está sola!
¡La esposa que espera, de faz mustia y pálida
como una corola!

Lejos de la madre, que su frente abate
como una madona que està pensativa,
juegan los chicuelos bajo el acicate
de su sangre viva.

Han las cabecitas tan rubios hechizos,
que á los codiciosos dieran tentaciones:

son las rosas de oro de pétalos rizos.
Y en la frente juegan los tirabuzones.

En tanto, *la niña*, en la cuna.
Se acerca á arrullarla su madre.
Y para que siempre la ampare la maga Fortuna,
y por que retorne muy pronto su padre,
la signa en la frente, los dedos en cruz.
Y en la faz del ángel riega una sonrisa su cesta florida,
cual si por el rostro de un alba dormida
otra alba pasara jugando sus alas de luz.

UN HADA

—Sigamos, compañeras,
la marcha funeraria,
al son de la plegaria
y del lamento al son!
En el país Olvido
remueven los escombros.
Llevamos en los hombros
al muerto Corazón!

Vamos presto, que viene
la noche. Gruñe el oso,
y entonce es peligroso

seguir de procesión.
¡Qué frío está el difunto!
¡Qué grises son los velos!
Perdido entre los hielos,
helóse el Corazón!—

Otra hada

—La nieve ha caído!
¡Se heló el Corazón!
Èl, vino de lejos, de allá donde, cálidos,
la nieve descuajan los rayos del sol!

¡La bruma está espesa!
¡Cegó el Corazón!
Él, vino de lejos, do, al aire azulino,
teñida de sangre, lujuria es la flor....

¡El templo está solo!
¡Murió el Corazón!
¡Lo gris y lo blanco, la nieve y la bruma!
Y allá en los distantes países del Sol,

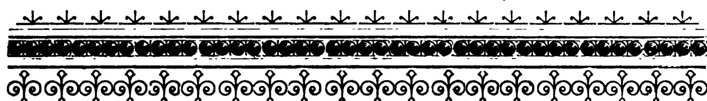
la lumbre radiosa,
la tórrida flor,

la abeja del beso zumbando en la alcoba,
y, en tibios colchones, durmiendo el amor!....—



Cuando se van las hadas,
el caballero, solo,
se acoda en la ventana,
sobre la palma el rostro.
Y mira aquel llano
que es como un mar sin rizos,
monótono y blanco!....

RETORNO



ARGUMENTO:

Regreso de las Notas, con el alba. Espéralas el Príncipe de los Cuentos Azules, y, al llegar, las exhorta al olvido de toda vestidura.

"Si desnudas andamos!"—dicen ellas—"El traje se halla en vosotros, en quien nos percibe, como se halla el colòr en los cristales."

Y el Príncipe comprende, y piensa que su propio vidrio perceptor no está puro: llanto de dolor le annubarra, risa de júbilo le alcorza en lumbre, llama de inspiración le riega sus sangres inflamadas.....

Y púsose á las purificaciones. Y quitó del ojo angustias, ilusiones, nostalgias.... Y apartó los júbilos, y borró las ne-

blinas. Y, á la muda voz de su varita mágica, fueron desfilando las Notas....

Y tendióse cada una en su lecho musical. Y cada una adurmióse, suave, dulce, apaciblemente, como al soplo del alba las estrellas....



La noche finaba. La sombra plegaba sus alas.
La noche—la etíope—lleva lo blanco en su seno.
Carbones incuban diamantes. De vívidas galas
el vientre luctuoso del hórrido abismo está lleno.

Entre el negro silencio de la noche,
era un brazo de luz en sangre tinto:
era el brazo ritual de la canéfora
derramando sus pétalos floridos.

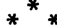
Era el alba
que venía!
Y, al mirar

de su pupila,
como á un soplo
de luz viva,
las estrellas, con sus hojas
mustias, débiles, marchitas,
se doblaban, se doblaban,
cual se doblan, moribundas, bajo el viento, las espigas.

Y. surcando los astríferos vergeles,
iba Aurora entre las blondas de su bata matutina.
Y, á los suaves, dulces roces de las sedas albicantes,
se cerraban los ojuelos de la estrella-sensitiva.



Se acercan las hadas cortando las negras veredas sombrías
cual nubes que vienen ligeras lloviendo armonías.



El Prìncipe, á la puerta del palacio durmiente,

espera que retorne la volandera gente.
Clarece el esfumino de la luz en la sombra,
mas nada se divisa; que la arboleda escombra,
con las trémulas formas de su turbio ramaje,
el horizonte. Apenas el fru-fru del plumaje
que roza con sus sedas las mobles colgaduras
y se irriga en la esencia de las frescas verduras.
Apenas, en las copas, los pàjaros eurítmicos
riegan las dulces gotas de sus panales rítmicos.
Y sobre la naciente fulguración de vida,
la moribunda noche va expirando, tendida
en su gran lecho negro.... Los ígnicos corceles
pasan sobre la muerta deshojando claveles.

—Allá vienen!—El Príncipe se apercibe. A la puerta
aguarda. Ya las hadas hienden la bruma incierta
y matinal; y, como nidada de turpiales,
van derramando júbilo sus labios musicales.
—Esperad, siguió el Príncipe, echad fuera las blondas!
Desnudas van las náyades en las torneadas ondas.
En el árbol del arte son desnudas las pomas,
como en el carro blanco de las blancas palomas
desnuda Kypris tiéndese, bajo el sol ò la bruma,
y como está Anadiómena en su pañal de espuma.
La desnudez es bella y santa. Abre su broche
la virgen azucena, para el beso; de noche,

los flébiles luceros muestran sus temblorosos
cuerpos en el misterio de sus vientres radiosos.
Quiero que vuestras carnes esparzan sus aromas.
Sois pomas en el arte: son desnudas las pomas.
Para saberos, busco vuestras formas virgíneas.
Mostrad de esas volutas la contorsión de líneas.—

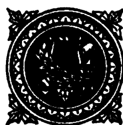
Y ellas hablaron:—Príncipe, vas errado! Esos trajes
sólo están en el ojo que nos ve. Los celajes
de gloria en la pupila, vístennos de oro; es rojo
nuestro manto, si hay forja pasional en el ojo;
y si, bajo la niebla se opacan los cristales,
nos tejen con sollozos cogullas conventuales.
Nosotras nada habemos. En el error cavilas.
Con el pañuelo, Príncipe, límpiate esas pupilas.—

Luego, el Príncipe:—Es cierto. Mis ojos no están puros.
Cuando lloré, una lágrima me dejó los oscuros
jirones de su niebla. Cuando reí, la risa
bañò de luz la arruga. Cuando en su roja misa
la inspitación ardióme con la hostia incendiaria,
aleteó el relámpago de la ardiente plegaria;
y, en mi frente pasando su ala fosforescente,
muchas briznas de pluma me ha dejado en la frente.—

Tal dijo. Y, á los signos de su varita mágica,

pasó la nota Amable, y la Ardiente y la Tràgica;
y pasó la que sorbe el agua de las tranquilas
fuentes; y la que viene trayendo en las pupilas
el velo de Leonardo....

En su cuerda cada una
se fué adurmiendo, como, cuando nace la luna,
se aduermen, apacibles, bajo su helado velo,
las estrelladas notas en las cuerdas del cielo.



TABLA

PAG.

Se explica 9
Presentación 17
El Secreto de Melodía ó La Odisea de las Notas. 27
Las durmientes despertaron 31
El Castillo del Dolor. . . . , ... 39
El Castillo de la Dicha 53
El Castillo de la Ambición 69
El Castillo de la Nostalgia 81
Retorno 97

